



Hágase tu voluntad. Todos discípulos, todos misioneros

Jornada Mundial de Oración
por las Vocaciones
y Jornada de Vocaciones Nativas

Subsidio litúrgico
para el celebrante

IV Domingo de Pascua

Domingo, 21 de abril de 2024



Orientaciones para la celebración

- Se usan ornamentos de color blanco. Se dice el *Gloria* y *Credo*.
- Se utiliza uno de los prefacios de Pascua. No se puede utilizar la plegaria eucarística IV.
- En la plegaria eucarística se hace el embolismo del domingo.
- No se permiten las misas de difuntos, tampoco la misa exequial.
- Si se hace algún tipo de testimonio vocacional dentro de la misa, no debe ocupar el lugar de la homilía, ni mucho menos sustituirla. Es preferible que se haga, por ejemplo, antes de comenzar la celebración, y que sirva como preparación a la misma, o al final, y que de alguna manera la prolongue.

© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Cristo resucitó, ¡aleluya! (CLN, A 13) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (Cf. Sal 32, 5-6):

La misericordia del Señor llena la tierra, la palabra del Señor hizo el cielo. Aleluya.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R̄. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**El Dios de la vida,
que ha resucitado a Jesucristo
rompiendo las ataduras de la muerte,
esté con todos vosotros.**

R̄. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

En este IV Domingo de Pascua, en el que recordamos que Jesús es nuestro buen pastor y piedra angular que sostiene nuestra fe, la Iglesia celebra unida la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones y la Jornada de Vocaciones Nativas, bajo el lema: «Hágase tu voluntad. Todos discípulos, todos misioneros».

La vocación cristiana es un don de Dios que implica una llamada y una respuesta. Dios nos crea por amor y nos invita a participar de su vida y de su misión en el mundo. Cada persona tiene una vocación única e irrepetible, que se descubre en el seguimiento de Jesucristo, el modelo perfecto de amor y verdad. La vocación cristiana se expresa de diversas formas: al matrimonio, al sacerdocio, a la vida consagrada o al laicado. Todas estas vocaciones son necesarias para la Iglesia y para la sociedad, y requieren de una formación adecuada y de una oración constante.

En este día, le pedimos al Señor que no falten en la Iglesia sacerdotes, religiosos, personas consagradas y matrimonios cristianos. También, que las vocaciones nacidas en países de misión tengan lo necesario para formarse y seguir creciendo.

Dispongámonos a participar activamente en esta celebración.

RITO DE LA BENDICIÓN Y ASPERSIÓN DEL AGUA

El rito de la bendición y aspersion del agua bendita sustituye al acto penitencial.

El sacerdote, de pie en la sede, vuelto al pueblo, teniendo delante el recipiente con el agua que va a ser bendecida, invita al pueblo a orar con estas o similares palabras:

Invoquemos, queridos hermanos, a Dios, Padre todopoderoso, para que bendiga esta agua, que va a ser derramada sobre

nosotros en memoria de nuestro bautismo, y pidámosle que nos renueve interiormente, para que permanezcamos fieles al Espíritu que hemos recibido.

Después de un breve silencio, prosigue diciendo con las manos extendidas:

**SEÑOR, Dios todopoderoso,
Escucha las oraciones de tu pueblo,
ahora que recordamos
la acción maravillosa de nuestra creación
y la maravilla, aún más grande, de nuestra redención;
dígnate bendecir ✠ esta agua.**

**La creaste para hacer fecunda la tierra
y para favorecer nuestros cuerpos
con el frescor y la limpieza.**

**La hiciste también instrumento de misericordia
al librar a tu pueblo de la esclavitud
y al apagar con ella su sed en el desierto;
por los profetas la revelaste como signo de la Nueva Alianza
que quisiste sellar con los hombres.**

**Y, cuando Cristo descendió a ella en el Jordán,
renovaste nuestra naturaleza pecadora
en el baño del nuevo nacimiento.**

**Que esta agua, Señor,
avive en nosotros el recuerdo de nuestro bautismo
y nos haga participar en el gozo de nuestros hermanos
bautizados en la Pascua.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

Cuando las circunstancias locales o la costumbre del pueblo aconsejen conservar el rito de mezclar sal en el agua bendita, el sacerdote bendice la sal, diciendo:

TE pedimos humildemente,
Dios todopoderoso,
que te dignes bendecir ✠ esta sal,
del mismo modo que mandaste al profeta Eliseo
que la arrojase al agua
para remediar su esterilidad.
Concédenos, Señor,
que allí donde se derrame esta mezcla de sal y agua
sea ahuyentado el poder del enemigo
y nos proteja siempre
la presencia del Espíritu Santo.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

Y, en silencio, pone la sal en el agua.

A continuación, el sacerdote toma el hisopo, se rocía a sí mismo y a los ministros, después al clero y al pueblo, recorriendo la iglesia, si le parece oportuno.

Mientras tanto se canta un canto apropiado.

Terminado el canto, el sacerdote, de pie y de cara al pueblo, con las manos juntas, dice:

Que Dios todopoderoso nos purifique del pecado
y, por la celebración de esta eucaristía,
nos haga dignos de participar
del banquete de su reino.

Rx. Amén.

A continuación, se canta o se dice el himno Gloria (p. 8).

Si no se hace el rito de la aspersion y bendición del agua bendita, se hace el:

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, el Buen Pastor que da la vida por nosotros: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Tú, que nos has dicho que siempre estarás a nuestro lado: Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

Tú, que nos apacientas con pastores elegidos según tu corazón: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

DIOS, todopoderoso y eterno,
condúcenos a la asamblea gozosa del cielo,
para que la debilidad del rebaño
llegue hasta donde le ha precedido la fortaleza del Pastor.

Junta las manos.

**Él, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

Rx. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN A LAS LECTURAS

En la primera lectura contemplamos al apóstol Pedro, lleno del Espíritu Santo que no duda en anunciar con absoluta claridad que ha sido el nombre de Jesucristo quien ha curado al hombre enfermo. Solo en el Nazareno, piedra desechada por Israel y convertida por Dios en piedra angular, está la salvación.

En la segunda lectura, el apóstol Juan anuncia con firmeza que somos hijos de Dios por el amor que el Padre nos tiene y que llegará a su culminación cuando Cristo se manifieste definitivamente al mundo y podamos verlo tal cual es.

En el Evangelio, Jesús se presenta como el buen pastor, no un mero trabajador que no le importa la vida de sus ovejas, sino como un pastor capaz de ofrecer su vida por el rebaño que conoce y cuida, también a las ovejas que no pertenecen a su rebaño, pero que él las llama y escucharán su voz.

NOTAS PARA LA HOMILÍA

- El lema de este año, «Hágase tu voluntad. Todos discípulos, todos misioneros», está basado en el título de la parte segunda del informe de síntesis Una Iglesia sinodal en misión, fruto de la primera sesión de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos celebrado en Roma, en octubre de 2023. Se acompaña el título de esa parte segunda («Todos discípulos, todos misioneros») con una de las peticiones del padrenuestro —«Hágase tu voluntad»—, que se ha propuesto como motivo central de las distintas campañas vocacionales de este año (vida consagrada, familia, seminarios y apostolado seglar).
- «Dios te ama, Dios te llama». Principio y fundamento: «Ustedes no están aquí por casualidad. El Señor los llamó, no solo en estos días, sino desde el comienzo de sus vidas. A todos nos llamó desde el comienzo de la vida. Él los llamó por sus nombres [...]. Hemos sido

llamados porque somos amados. Es lindo. A los ojos de Dios somos hijos valiosos, que él llama cada día para abrazar, para animar, para hacer de cada uno de nosotros una obra maestra única, original [...]. Dios te ama, Dios te llama» (del discurso del papa Francisco en la ceremonia de acogida de la JMJ en Lisboa, 3 de agosto de 2023).

- «Hágase tu voluntad»: un rumbo para la vida. Esta frase del padrenuestro nos habla de la presencia de Dios como Padre providente, que busca nuestro bien: esa es su voluntad. Como María, podemos unirnos a ese plan, en escucha y obediencia, hasta decir: «Hágase en mí según tu Palabra».
- «Todos discípulos, todos misioneros»: lo que nos une. En la respuesta a la llamada de Dios por Cristo en el Espíritu, hay algo que todos los cristianos tenemos en común: ser discípulos del Maestro y ser enviados por él a vivir y anunciar el Evangelio. Somos «discípulos misioneros», como dos dimensiones simultáneas de nuestro ser cristianos: siempre aprendiendo y siempre enviados.
- En formas de vida complementarias (laicado-familia-trabajo; consagración especial). «Este ‘ser para los demás’ en la vida de cada joven normalmente está relacionado con dos cuestiones básicas: la formación de una nueva familia y el trabajo» (ChV 258). «En el discernimiento de una vocación no hay que descartar la posibilidad de consagrarse a Dios en el sacerdocio, en la vida religiosa o en otras formas de consagración. ¿Por qué excluirlo?» (ChV 276).
- Hacia un Congreso Nacional de Vocaciones. La celebración de esta doble Jornada Vocacional se enmarca este año como parte del camino hacia un Congreso Nacional de Vocaciones, que se celebrará, D. m., en el mes de febrero de 2025. Una fiesta de la Iglesia como asamblea de los llamados, que pretende hacer resonar esta buena noticia de la vocación y de las vocaciones en toda la comunidad cristiana y en toda nuestra sociedad.

PROFESIÓN DE FE

Puede introducirse con la siguiente monición.

Al recitar el Credo, proclamemos con gozo el Misterio pascual, que es el núcleo de nuestra fe.

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Oremos al Señor nuestro Dios, que nos ha confiado al cuidado de Jesucristo, su Hijo, el Buen Pastor.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por el papa, los obispos y sacerdotes, para que, como el buen pastor, afronten la misión de guiar, enseñar y santificar al pueblo de Dios, con amor, humildad y fidelidad. Que el Espíritu Santo los asista y los fortalezca en su servicio. Oremos.
2. Por todos los que formamos la Iglesia, para que sepamos estar atentos a las necesidades de la Iglesia y del mundo, para reconocer los dones y carismas que Dios nos ha dado y ponerlos al servicio del reino de Dios. Oremos.
3. Por los sacerdotes y religiosos, para que, siguiendo el ejemplo de Cristo, el buen pastor, se dediquen con amor y fidelidad a la misión que Dios les ha confiado. Ellos son signos vivos de la presencia de Dios entre su pueblo, y testigos de su amor y de su misericordia. Oremos.
4. Por los jóvenes, para que sepan responder con generosidad y confianza a la llamada de Dios con visión renovada y esperanzadora conscientes de su papel en la Iglesia y en el mundo. Oremos.
5. Por los que se preparan para el matrimonio, que sepan acoger el itinerario de formación y acompañamiento que la Iglesia les ofrece, que los ayude a discernir su llamada, a profundizar en su fe y a prepararse para vivir el amor conyugal y familiar según el plan de Dios. Oremos.

6. Por las Iglesias jóvenes que se encuentran en otros países, para que sepan mostrar el rostro joven y alegre de Cristo, y testimoniar con su vida y su compromiso la fuerza transformadora de su amor. Oremos.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

ESCÚCHANOS, Señor;
**que tu bondad y tu misericordia
nos acompañen todos los días de nuestra vida,
hasta que lleguemos a los pastos eternos,
conducidos por tu Hijo Jesucristo,
Pastor y puerta del rebaño,**

Junta las manos.

que vive y reina por los siglos de los siglos.

Rx. Amén.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: el Señor es mi pastor (CLN, 538) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

PASTOR bueno,
vela compasivo sobre tu rebaño
y conduce a los pastos eternos
a las ovejas que has redimido
con la sangre preciosa de tu Hijo.

Junta las manos.

Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

R̄. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Dios, que por la resurrección de su Unigénito
os ha redimido y adoptado como hijos,
os llene de alegría con sus bendiciones.**

Rx. Amén.

**Y ya que por la redención de Cristo
recibisteis el don de la libertad verdadera,
por su bondad recibáis también la herencia eterna.**

Rx. Amén.

**Y, pues confesando la fe
habéis resucitado con Cristo en el bautismo,
por vuestras buenas obras
merezcáis ser admitidos en la patria del cielo.**

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

℟. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

**Anunciad a todos la alegría del Señor resucitado.
Podéis ir en paz.**

℟. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS
Conferencia Episcopal Española